

Estados, y contrajo amistad con Bayaceto; pero descontentó a los polacos que le hacían cargo de su preferencia en favor de los lituanios; hubieran resultado sangrientas disensiones, si no hubiese sido distraída la atención por la larga guerra con la Prusia, de que tenemos ahora que hablar.

Prusia.—Ya se ha visto (pág. 137) que la orden teutónica había conquistado la Prusia, excepto algunos distritos orientales que pertenecían a la Polonia. Cuando San Juan de Acre cayó en poder del soldan de Egipto (1293), el gran maestre se estableció en Venecia: habiéndose después publicado un entredicho contra esta ciudad, trasladó a Marienburgo el capítulo de la orden. En lugar del maestre provincial, cuyo cargo había cesado, se nombró un bailio, un hospitalario, un ecónomo (*frapier*), un tesorero y además un mariscal para la guerra. Los caballeros cambiaron el nombre de freires por el de señores teutónicos (*deutschherren*) ó señores de la cruz, y guiados menos por el espíritu religioso que por la ambición, descuidaron la disciplina, y se corrompieron a medida que se enriquecieron, sin hacer caso de las reprensiones de la corte pontificia. El gran capítulo reunido en el Marienburgo (1329), para reformar la orden, estableció que el gran maestre no se elegiría sino en razón de sus méritos; que gobernaría con arreglo a justicia; que si violase sus deberes según las intenciones requeridas, el maestre provincial de Alemania acudiría a Prusia, y le degradaría en capítulo. Si esta decisión se hubiera puesto en práctica, hubiera producido graves desórdenes.

Desde que esta orden había acogido en su seno a los caballeros porta-espadas, poseía también la Livonia, y prolongáronse diferencias sin fin entre los caballeros y el arzobispo de Riga, hasta el momento en que este prelado entró también en la orden con su capítulo. Como las fuerzas estaban concentradas y el jefe presente, aquella corporación aumentó de energía, y se dedicó principalmente a someter a los lituanios, que eran ya sus vecinos. Los caballeros y los idólatras se hicieron incesantes guerras, los unos para propagar el cristianismo, otros con el solo objeto de saquear. Pero si los caballeros invadieron la Lituania, no encontraron más que miserables chozas de madera; después lagos, ríos que ponían sin cesar obstáculos a las marchas en medio de llanuras salvajes y selvas impracticables. Los lituanios, por el contrario, asolaban en sus correrías los campos cultivados y aldeas populosas. Los caballeros habían, en efecto, animado la agricultura, plantado viñas, y secado con ayuda de un admirable trabajo, los inmensos pantanos situados entre Elbing y Marienburgo. Los invasores arrebatában, pues, del país hombres y riquezas; á veces hasta eran favorecidos por los indígenas, que soportaban con impaciencia la civilización y el cristianismo pagados al precio de su independencia. El nombre de península (*verder, verti*) conservado a tantas leguas de tierra como se adelantan en los ríos y en el mar, manifiestan

aun los beneficios de la orden, y el mérito es debido principalmente al maestre provincial Meinardo de Znerfurt.

El comercio estaba prohibido a los caballeros; pero ellos le estimulaban. Muchas de sus ciudades entraron en la liga anseática. Todas estaban obligadas a tener almacenes llenos de granos, a los cuales recurrieron con frecuencia los ingleses y flamencos: sus mercados recibían además los géneros de los polacos, de los rusos y de los lituanios. Todo el ámbar gris recogido en el país pertenecía al gran maestre y era trabajado en el interior. Se adulaba a las colonias alemanas ó a los prisioneros que se establecían en ellas; abriéronse escuelas en Marienburgo y en Königsberg, a donde se llamaron jurisperitos de Italia y Alemania.

Estendian entre tanto las conquistas de la civilización a los bárbaros, y las prescripciones del gran maestre prohibían bautizar a nadie por fuerza. Los dominicos se emplearon particularmente en aquellas comarcas. Los caballeros cuidaban a los pobres en los hospitales; tomaron bajo su protección a los convertidos, impidiendo que se les privase de la libertad civil, y que ningún cristiano se viese reducido a peor condición que cuando era idólatra. La confraternidad espiritual inspiraba sentimientos humanos, aun después de la irritación de una lucha sangrienta.

No seguiremos las interminables guerras en que se comprometió la orden, estendiendo sin cesar sus posesiones y adquiriendo la Pomerania con Dantzick, lo cual la puso en hostilidad con la Polonia.

Había predicado el papa varias veces la cruzada contra los lituanios, y algunos señores fueron a hacer sus pruebas de valor en aquellos puntos. Principalmente en 1328, el famoso Juan de Luxemburgo (3) fué allí con trescientos caballeros, diez y ocho mil ginetes y una numerosa infantería para someter la Samogicia. Pero como en aquel momento el rey de Polonia invadió a Culm, los cruzados se dirigieron por aquella parte, y precisaron al ducado de Masovia a reconocer a Juan por rey de Polonia. Bajo este aspecto, dió la Pomerania a la orden teutónica, y vendió el distrito de Dobrzn, que había sido adquirido por los cruzados. Pero sangrientas guerras continuaron entre los caballeros y la Polonia, hasta la paz de Visegrad que les aseguró la Pomerania. Habiéndose rebelado la Estonia contra los daneses, recurrió a la orden que la compró, después la volvió a vender a los teutónicos de Livonia.

Otros caballeros, que ya no tenían ocasión de señalarse en las guerras de Francia é Inglaterra, fueron a buscarlas a Prusia, lo cual permitió a la orden sostener la guerra contra los lituanios, cada vez más encarnizada. Cuando se calmó el ardor caballeresco, tomó la orden tropas a su sueldo;

(3) Véase antes pág. 346.

después cuando el duque Witoldo Alejandro reunió un numeroso ejército, el gran maestre Conrado de Wallenrod envió por todas partes a hacer llamamientos a los hombres de guerra, prometiendo un buen sueldo y ricas ventajas. Antes de ponerse en marcha, los doce caballeros más ilustres debían ser convidados y regalados, verificándose lo propio después de la batalla, con todos los que se hubiesen distinguido (4). Fué dado el banquete en una isla del Memel, donde los convidados, sentados bajo un pabellón de paño de oro, tuvieron treinta servicios, cambiándose de platos y cubiertos de plata en cada uno de ellos. Por espacio de cinco horas se continuó bebiendo en tazones también de plata que asimismo se cambiaban cada vez, y toda esta vajilla quedó para los convidados. Refiérese que el gasto ascendió a medio millón de marcos (veinte y dos millones de pesetas); pero el segundo banquete no pudo tener lugar, porque las enfermedades mataron a treinta mil hombres en Wilna y el resto se dispersó.

A principios del siglo xv comprendía la Prusia, sin contar la Livonia y la Estonia, cincuenta y cinco ciudades amuralladas, cuarenta y ocho fortalezas, diez y nueve mil aldeas y dos mil lugarejos, con dos millones de almas. Las rentas de la orden se elevaban a la enorme suma de ocho mil marcos de plata, sin contar el producto del ámbar y de las multas judiciales. Los caballeros pudieron con estos recursos adquirir, a título de prenda ó venta, otras posesiones, principalmente la Nueva Marca, que los puso en comunicación con la Alemania y la Samogicia.

Batalla de Tannenberg.—Pero aquella adquisición les produjo una guerra con Ladislao V Jagellon que continuó hasta la terrible batalla de Tannenberg. Condujo Jagellon a aquella provincia sesenta mil polacos, veinte y un mil soldados reclutados en Bohemia, Hungría y Silesia, cuarenta y dos mil rusos y lituanios, y cuarenta mil tártaros. Quedaron sesenta mil en el campo de batalla; pero los polacos mataron seiscientos caballos y cuarenta mil hombres del ejército teutónico, y le arrebataron la victoria. Nunca pudo la orden reponerse de este descalabro.

Pidió Ladislao a los prusianos le reconociesen

(4) De siete de los elegidos conocemos el nombre, y los méritos: Hinodí de Richardsdorf, austriaco, que había muerto por su mano sesenta turcos, y hecho a pié la peregrinación de Jerusalén; Federico, marqués de Misnia, cuya familia había siempre ayudado a la orden; Hildermido, conde escocés, cuyo padre había dado la vida por salvar al rey; Roberto, conde de Wurtemberg, que por humildad cristiana, había rehusado la corona imperial; el mismo gran maestre Wallenrod, que por amor a la orden había renunciado a la mano de una hermosa y rica condesa de Habsburgo; Degenhard, caballero de bandera, westfaliano, que por amor a la Virgen, había perdonado a los asesinos de su padre; Federico de Buchnald, que nunca negó lo que le fué pedido en nombre de San Jorge.

como rey, prometiéndoles aumentar y confirmar sus privilegios, abolir las aduanas, conceder la libertad de comercio, el derecho de acuñar moneda, y no someterlos a la jurisdicción de los tribunales polacos.

Concluíase la orden, si Enrique Reuss de Plauen no hubiese defendido a Marienburgo con tal constancia, que después de veinte y cinco días de sitio se vió obligado Jagellon a retirarse, y volver a Polonia los restos de su ejército. Concluyóse la paz en Thorn (1411), mediante mútua restitución de los prisioneros y de los territorios conquistados. Pero no era posible que fuera duradera, cuando la orden ocupaba la embocadura de los ríos por donde salían los géneros polacos. Apenas pudo suspender las hostilidades la intervención del concilio de Constanza, hasta el momento en que el gran maestre cedió a la Polonia la Samogicia, la Sudavia y el Vístula, desde la embocadura del Dreswenz hasta cerca de Bromberg.

Renováronse las hostilidades, y Ladislao escitó a los husitas, que para castigar a la orden por los socorros que había proporcionado al rey de Bohemia, entraron en Prusia, asolando todo a su paso, y se adelantaron hasta el mar, ó como decían, hasta los últimos confines de la tierra. Enrique Plauen, proclamado gran maestre, trató de hacer que la Prusia volviese a la obediencia. Con el objeto de procurarse dinero, dejó vacantes las dignidades, cuyas atribuciones ejerció él mismo; vendió dominios, alteró las monedas, llamó a colonos extranjeros, toleró a los hussitas y a los wiclefitas (1413); pero se hizo odiar de tal manera por su severidad, que fué depuesto. Miguel Kuchenmeister, que le sucedió, no pudo apaciguar las facciones que había fomentado. Tomando por emblema los rebeldes un bajel de oro y un toison de oro, desecharon toda disciplina. Convocó, pues, para concluir, el gran capítulo de la orden y la asamblea de los Estados en Braunsburgo, donde los oradores del pueblo, sostenidos por el bajel de oro, nobles y estrictos católicos, fautores de las libertades públicas, presentaron sus agravios por primera vez. Consiguieron hacer decretar de esta manera que el gran maestre no podía, sin el parecer de un consejo nacional, compuesto de diez nobles y diez senadores de las ciudades, promulgar prescripciones nuevas, ni establecer nuevos impuestos. Por lo demás, este consejo se convirtió en un instrumento para los ambiciosos, y cesaron de convocarlo, hasta el momento en que el gran maestre, Pablo de Rusdorf, pensó en un momento de penuria rentística, reanimarlo en interés del público, y al mismo tiempo para dar satisfacción a los obispos ambiciosos y a los nobles, cuyos bienes estaban mal protegidos, a las ciudades que querían tomar parte en el gobierno, a los campesinos que deseaban algún alivio. En su consecuencia, se compuso de seis grandes oficiales de la orden, de seis prelados y otros tantos diputados de los nobles, así como de las ciudades. Se reunía todos los años para tratar

de las mejoras que convenían al país, para sostener los privilegios, la seguridad pública, la buena calidad de la moneda. El príncipe que tenía la presidencia, no podía sin su concurso imponer ninguna contribución. De monárquico que era, el gobierno se encontró cambiado de esta manera, en representativo; y para la misma ejecución, el gran maestro debía ponerse de acuerdo con un consejo de veinte y cuatro personas.

Renováronse las divisiones en el seno mismo de la orden. Después, las ciudades, aspirando á una libertad más estensa, pidieron una asamblea general reformadora. Fueron apoyadas por los nobles, que guiados por Juan Baysen, trataban pareciendo proteger la libertad, de convertir sus feudos en tierras alodiales. No habiendo podido ponerse acordes los Estados en Elbing, las ciudades se estrecharon con los nobles, y formaron una confederación para la defensa de sus recíprocos derechos, pidiéndoles que les fuese permitido dar queja de toda violación de que fuesen objeto, ante un tribunal de justicia anual, y que los confederados fuesen convocados siempre que no se hubiese obrado en derecho. Fué de tal manera inundado de quejas el tribunal nacional, que hubo un verdadero motín, y que los caballeros irritados, arrojaron á los jueces que no volvieron á reunirse. Durante este tiempo, una inquieta agitación aumentaba entre el pueblo y los nobles, alimentada probablemente por la compañía de los lagartos, que así como las demás sociedades de Alemania y Suecia, se había formado para garantizar la seguridad personal y pública, pero sin duda con el objeto secreto de derrocar la orden.

El gran maestro Luis de Erlichshausen, considerando la unión de los Estados como una rebelión, y no sintiéndose bastante fuerte para disolverla, recurrió al papa y al emperador para hacerla declarar ilegal, y arrebatar á las ciudades sus privilegios. Entonces se rebelaron los Estados: Juan de Baysen se puso á su cabeza, negaron la obe-

diencia á la orden, sorprendieron á los grandes dignatarios, destruyeron los castillos fuertes. Con el objeto de ser sostenidos, se sometieron á Casimiro IV, rey de Polonia, que aseguró á las ciudades la libertad de comercio, y á los nobles el indigenato, con el derecho de tener parte en la elección del rey de Polonia (5). Este príncipe declaró la guerra al gran maestro, y durante tres años, soldados mercenarios asolaron el país, arruinando sin piedad á amigos y enemigos. De veinte y una mil aldeas que existían en Prusia en 1454, apenas quedaron tres mil trece en 1466. Juan de Baysen, apellidado el *amigo de la libertad*, pero ambicioso, ó arrastrado por el impulso revolucionario, había de esta manera sometido su patria á una dominación más fuerte. Vióse precisada la orden para pagar á sus tropas mercenarias, de empeñar ó enajenar lo poco que le quedaba: vendió de aquella manera por 100,000 florines la Nueva Marca al elector de Brandeburgo.

Paz de Thorn.—La paz de Thorn puso fin á los estragos, y la orden cedió á la Polonia la Pomerania con Dantzick, los distritos de Culm y de Michelau, la Warmia, Marienburgo y Elbing, conservando la Sambia, la Natungia y la Pomerania ó Prusia Oriental, como feudos de la Polonia.

Prusia perdió, pues, su independencia. Su parte oriental fué gobernada aun por el gran maestro de la orden, en una odiosa dependencia de la Polonia, con quien no estaba asegurada la paz; pero la Prusia estaba destinada á ser con el tiempo un poderoso reino en Europa, y á engrandecerse sobre las ruinas de la potencia que á la sazón la dominaba.

(5) Este derecho fué llamado privilegio de incorporación, porque se dice en él: *Terras et dominia predicta, regno Polonia reintegramus, reunimus, investivimus et incorporamus.*

CAPÍTULO XXVII

RUSIA Y CAPCHAK.

Los rusos no estendían su imperio hacia el Oriente más que hasta el Oka, afluente del Volga; se adelantaron hacia el Sur hasta el mar de Azof, y arrebataron á los genoveses á Sudac, centro del comercio del mar Negro. Hicieron también incursiones al país de los búlgaros, con daño de la agricultura y del comercio de transporte. Este imperio, que nació gigante (890-1015), decayó rápidamente, gracias al mal sistema de sucesión introducido por Wladimiro I el Grande; porque se encontraba dividido en multitud de principados, que, sometidos de nombre á la soberanía del gran príncipe de Kief eran independientes de hecho, lo que produjo como consecuencia envidiosas rivalidades y todos los crímenes de que es capaz la ambición. Varios warentos, fomentando también los antiguos celos y el amor á la independencia de las tribus eslavas, habían formado cierto número de principados, de tal manera, que no quedaba al gran príncipe de Kief más que una sombra de autoridad. Peleaban entre sí repúblicas, principados, dinastías, y la única enseñanza que puede sacarse de aquellos sangrientos choques, es averiguar hasta qué punto llega la perversidad del hombre, entregado á sus pasiones sin freno. Swiatopolk II (1093-1112) intentó remediar el mal algun tanto, estableciendo un congreso periódico á que fueron llamados los príncipes para tratar de sus intereses comunes y para transigir sus querellas. Pero apenas depusieron en el primero sus odios y se juraron amistad besando la cruz, nuevamente empezó á correr la sangre. Por lo demás, la religión que adoptaron los rusos fué entre ellos como en Constantinopla, no una autoridad libre y protectora de los derechos, sino un instrumento de política y de administración, y hasta un fermento de guerra; y los príncipes deponían á su albedrío á los metropolitanos, que eran extranjeros en su mayor parte.

Esta falta de unión en el país allanaba el camino á la invasión extranjera. Atacados junto al Don los polowtsos por un ejército mongol, llamaron en su ayuda á los rusos, quienes resolvieron hacer causa común contra los invasores. En su consecuencia marcharon en derechura contra ellos, y á pesar de su protesta de que no venían con intenciones hostiles, mataron á sus embajadores. Pero los rusos fueron derrotados en la batalla de Kaleza, y perseguidos hasta el Dnieper los restos de su gente: allí una orden de Gengis-kan llamó á los mongoles para acudir á otras empresas, y desaparecieron tan de repente como se habían presentado. Trece años permanecieron los rusos sin otro mal que el del miedo; pero en vez de aprestarse á la resistencia, continuaban sus guerras intestinas, cuando Batú cayó sobre ellos.

Este, con el título de kan de Capchak, se había establecido cerca del Volga, por donde iban y venían todas las mercancías trocadas entre el Occidente y la Persia desde que los turcos interceptaban el paso del Asia Menor. Sarai fué construida por este príncipe á unas cincuenta millas de Astracán (1237). De repente apareció junto al Volga, en el principado de Riesan, prometiendo la paz á todos aquellos habitantes que le entregaran la décima parte de lo que poseían: habiéndose apoderado luego de la ciudad á viva fuerza, degolló allí á la familia reinante: derrotó también al gran príncipe Yaroslaf II; tomó é incendió á Moscú, esterminando á todos los habitantes, excepto á los religiosos, á quienes se llevó prisioneros; del mismo modo fueron tratados los demás países (1240): por último, después de haber destruido á Kief, hizo dar muerte á uno de los dos grandes príncipes que se disputaban el Imperio, y concedió la investidura al otro como tributario: así cesó la desunión con la independencia.